

UN CAMPO CONCRETO DE ACTUACIÓN PARA EL TRABAJO SOCIAL: LA TERCERA EDAD

ANDRÉS ESCARBAJAL DE HARO.

«Los poderes públicos garantizarán, mediante pensiones adecuadas, la suficiencia económica de los ciudadanos durante la Tercera Edad. Así mismo, y con independencia de las obligaciones familiares, promoverán su bienestar mediante un sistema de servicios sociales que atenderán sus problemas específicos de salud, vivienda, cultura y ocio» (art. 50 de la Constitución).

Artículo de nuestra Constitución que, posiblemente, esté inspirado en la Declaración de los Derechos de las Personas Ancianas asumida en 1961 (Washington) por los representantes de la Asociación Internacional de Ciudadanos Ancianos y la Federación Europea para Personas Ancianas. En esta Declaración (ETAPA-3, 1979, 15) se insistía en el derecho de los ancianos a la asistencia física (seguridad, salud, higiene, etc), vida económica (entendida como autonomía en esta materia y posibilidad de participar en actividades socialmente productivas) y, sobre todo, derecho a una vida social y existencia cultural (convivencia con todos los sectores sociales, representación política, libre acceso a la formación cultural y medios de información-divulgación, posibilidad de ejercer actividades recreativas...).

Como ocurre en tantos aspectos de la vida social, la legislación parece clara y evidente, pero sus traducciones prácticas dejan mucho que desear. Este es el caso de la «atención» a la Tercera Edad, donde se hace hincapié en la suficiencia de las pensiones y se deja de coetilla el tiempo de ocio y cultura, como si lo único importante para la persona que ha llegado a la Tercera Edad, establecida por la sociedad, fuese su aspecto asistencial, cuando numerosos ejemplos y manifestaciones de este colectivo están reclamando, cada vez más, el derecho a seguir desarrollando su personalidad integral en contacto con la Cultura, con mayúscula. Por ello, creemos que, a pesar del marco jurídico, no nos debemos contentar con el hecho de que esté recogido legalmente el derecho del ciudadano de la Tercera Edad, sino que es mucho más urgente traducir esa legalidad en programaciones concretas, sin caer en las redes de lo meramente asistencial.

La Tercera Edad no es tiempo de soledad y marginación, no es tiempo de degradación, pues hay aún mucho vigor, interés y expectativas hacia la cultura. Un ejemplo es el número de alumnos con más de setenta años que se matriculan en universidades españolas como estudiantes oficiales, o la obra de RAMON Y CAJAL *El mundo visto a los ochenta años*, lleno de sabios consejos y lucidez.

Y hay otros muchos ejemplos que deberían hacer pensar a los representantes del Gobierno sobre las ofertas «vitales» hechas a la Tercera Edad, como el de «ancianos» de noventa años investigando en archivos y bibliotecas porque en su juventud no pudieron desarrollar esta actividad.

La Tercera Edad es un colectivo marginado porque no es útil para una sociedad estructurada en torno a la productividad, competitividad y rentabilidad. Estos valores actuales hacen que nuestros mayores sean relegados y, en muchas ocasiones, reclusos en residencias. Es la consecuencia de la división de la vida de la persona en tres etapas o edades claramente diferenciadas: primera edad o etapa de aprendizaje, segunda edad o periodo laboral y tercera edad o fase improductiva y pasiva.

A este respecto, nos parece interesante una entrevista realizada al profesor ARANGUREN y publicada en ETAPA-3 donde este insigne pensador afirmaba que la Tercera Edad puede ser factor de equilibrio en el mundo de hoy. La explicación dada parece sencilla: el menor interés consumista, la inapetencia de poder, la tranquilidad ante la acelerada vida actual (fruto de la personal experiencia vital)... hacen posible que este colectivo pueda ser un excelente factor de equilibrio social en todos los órdenes de la vida, incluido la política. La mayor experiencia acumulada les da más capacidad de armonía y equilibrio alejados totalmente de los extremos. Y, desde el punto de vista cultural, sostiene ARANGUREN, la Tercera Edad tiene un importante papel moderador y enriquecedor (ALBERT, C. 1979, 25).

Indudablemente, y de acuerdo con lo expuesto anteriormente, aunque la sociedad industrial haya relegado a las personas de la Tercera Edad a un grupo marginal, creemos que este colectivo constituye un auténtico capital cultural y quizás la clave de una transformación radical de la estructura social. Esto podría ser así si en lugar de aislar a nuestros hombres y mujeres de la Tercera Edad, fomentásemos la creación de programas que favorezcan el contacto de los ancianos con su comunidad, la participación en la búsqueda de soluciones para los problemas que se presentan. Además, siendo y sintiéndose útiles, los componentes de la Tercera Edad, serán felices y no se sentirán como una carga para los que les rodean. Es la famosa frase atribuida a tantos autores: «Para nada sirve dar años a la vida, si no se da vida a esos años». Este es, sin duda, un campo preciso y precioso para el Trabajo Social.

Lo lamentable es que algunos dirigentes, prohombres y salvadores de la patria, tengan actitudes tan negativas para la Tercera Edad, como el caso curioso de la Comunidad Autónoma de Galicia, donde en 1983 se proyectó la construcción de centros dedicados a la Tercera Edad porque *había un excedente en los presupuestos de aquella comunidad* (VERDE, L. 1986, 117).

GERONTOLOGÍA Y PEDAGOGÍA

En España son escasos los estudios gerontológicos sobre teoría y metodología de esta etapa evolutiva, tanto de carácter específico como interdisciplinar, salvo en el sector de la Medicina. Y, precisamente, esta es la visión más general de

la Gerontología; ciencia intermedia entre el Humanismo y la Medicina, aunque, aún así, encontramos estudios de Sociología, Antropología, Psicología, etc., que hablan de la Tercera Edad, pero muy pocos de Pedagogía.

La Gerontología puede aportar mucho al campo social porque sugiere modelos inéditos y valores renovadores útiles, analiza la senectud, sus relaciones, patología, relee críticamente las páginas de la vida colectiva, aporta un necesario equilibrio entre los saberes especializados. (SPEDICATO, E. 1986, 466-467; SORDI, A. 1973, 126). Es una ciencia del hombre y es ciencia de la Educación, y, por ello, es imprescindible la aportación de la Pedagogía en el trabajo con el colectivo de la Tercera Edad. Y podemos apuntalar esta afirmación con dos definiciones generales sobre Educación:

a) Educación como proceso dinámico de formación-modificación de sí mismo en el contexto histórico-social (SPEDICATO, E. 1986, 465).

b) Educación como esfuerzo constante y complejo de toda sociedad para transformarse en función de una existencia más rica en todos sus aspectos, utilizando todos los instrumentos disponibles y a todos los individuos, comprometiéndolos con su iniciativa a este objetivo común (LAPORTA, r., 1978, 30-31).

Como decíamos, parece que cualquiera de estas definiciones refuerzan la necesidad e importancia de utilizar la Pedagogía para el desarrollo global de las personas de la Tercera Edad. La Gerontología, como ciencia que estudia la vejez, no puede prescindir de las objetivaciones socio-educativas en las que ésta se encuentra. Es más, a juicio de

algunos autores, la práctica gerontológica se debe transformar en práctica educativa (SORDI, A. 1973, 126; SPEDICATO, E. 1986, 466). Idea en la que abunda PINTO cuando afirma que cualquier programa geragógico debe comprometerse en la aportación de técnicas de equilibrio para el anciano, orientarse hacia la consecución de estilos de vida útiles para satisfacer las necesidades del YO, y esto, indiscutiblemente, se debe traducir en términos educativos (PINTO, F. 1974, 257).

Desde el punto de vista médico, la relación que se establece entre el anciano y el galeno es una relación de autoridad. El anciano ha de obedecer las instrucciones del médico para poder sobrevivir. Sin embargo, desde el punto de vista pedagógico, el animador, educador o pedagogo social establece una relación de empatía orientada a vivir intensamente según el propio ritmo y necesidades, partiendo de los intereses latentes y manifiestos del propio anciano.

En cualquier caso, la Gerontología tampoco está libre de los avatares de las Ciencias de la Educación. Por ejemplo, el campo de esta disciplina es de delimitación controvertida, pues tiene orientación clínica, biológica, antropológica, psicológica, educativa... Lo que parece claro es que la Gerontología es una ciencia social interdisciplinar, técnicamente polivalente, socialmente situada y sustancialmente pedagógica. Intercisciplinar porque requiere tratamientos multidisciplinares de tipo sociológico, político, económico, etc: técnicamente polivalente porque utiliza una variada gama de recursos y resortes; sociológicamente situada porque tiende a envolverlo todo al tiempo que es capaz de circunscribirse a un ámbito determinado; y, sustancialmente pedagógica porque

ayuda a que las personas de la Tercera Edad expresen sus necesidades y desarrollen sus aptitudes (PASSERI, M., 1986, 8; CREPALDI, 1985, 930; SPEDICATO, E., 1986, 468-469; y PINTO, F. 1974, 241-242).

Naturalmente, parece innecesario recordar que la iniciativa personal e improvisación no son suficientes para asegurar el desarrollo de cualquier programa destinado a la Tercera Edad. Es necesario un proyecto global, desde el punto de vista educativo, en donde, además de la comunidad, se implique directamente la Universidad, sobre todo sus pedagogos sociales.

ALGUNAS CARACTERÍSTICAS EVOLUTIVAS DE LA TERCERA EDAD

Sintetizando los problemas más importantes con que se encuentran los miembros de la Tercera Edad, podemos señalar:

- a) La pérdida de autonomía económica.
- b) La vivienda, familiar o comunitaria.
- c) Insuficiencia de la red sanitario-asistencial.
- d) Falta de preparación para vivir el tiempo de ocio (MURGA, M.T-BERZOSA, G., 1981, 29).

Naturalmente, quedan obviados otros problemas no menos importantes referentes al deterioro físico y psíquico o la pérdida de autoestima, que tienen una clara consecuencia: sentimiento de inferioridad, actitud pasiva ante la vida, aislamiento social, etc.

Desde el punto de vista médico, parece que es prácticamente imposible determinar a qué edad la persona comienza a ser vieja, debido a que, por una parte,

cada personaje envejece según su biología y condiciones ambientales y, por otra, cada órgano de nuestro cuerpo tiene su propio ritmo de envejecimiento. A esta doble dificultad habría que añadir el estancamiento de la Psicología Evolutiva en ciertas edades o periodos, sin entrar de lleno en el estudio de la adultez y Tercera Edad. Esto puede ser debido, a juicio de Juan A. CABEZAS a los siguientes factores:

- a) El ejemplo de grandes psicólogos del desarrollo, como PIAGET o GESSEL, que estudiaron en profundidad la psicología evolutiva de la infancia e influyeron en los demás autores con esta actitud.
- b) La concepción psicológica freudiana, que otorgó al niño toda la importancia evolutiva y dinámica.
- c) Que al adulto le resulta siempre mucho más fácil estudiar otras etapas evolutivas que la suya propia.
- d) La complejidad de la etapa adulta, en general (CABEZAS, J.A. 1989, 31-32).

En cualquier caso, las teorías existentes sobre el envejecimiento cerebral coinciden en señalar que, con la edad, disminuye el peso del cerebro, envejecen los elementos neuronales y órganos sensoriales y se producen alteraciones metabólicas y funcionales irreversibles (LORENTE, M.P., 1989, 279). Y, parece ser que el responsable de la decadencia orgánica es el hipotálamo, encargado del control de toda fisiología corporal (RODRIGUEZ, J.M., 1989, 240). De este modo, en la vejez se situaría el deterioro intelectual de la persona; aunque habría que tener en cuenta que el área intelectual humana tiene también bastante que ver con otras cuestiones como la cultura de la

persona, su profesión anterior y otros factores ambientales, y no sólo con el paso de los años. Además, parece ser que lo que más deteriora al anciano no es su envejecimiento, sino las expectativas de índole negativa con que entre en el mundo de la jubilación (LEHR, U, 1980, 165). La vejez es percibida por la aparición de limitaciones y disminución de capacidades físicas, sexuales, mentales, etc, lo que provoca una sensación de inseguridad, estrés, desesperanza... hasta llegar, en muchos casos, a la angustia y la depresión. Naturalmente, estamos de acuerdo con RODRIGUEZ DELGADO en que los mecanismos de autodefensa del individuo para recobrar el equilibrio son diferentes en cada personalidad y cultura (RODRIGUEZ, J.M., 1989, 123 y 240).

Cuando éste buscado equilibrio no se consigue, es cuando aparece la conciencia de infravaloración y pérdida de autoestima, que tendrá como consecuencia el aislamiento y la automarginación. Esto, según María Pilar LORENTE, es el preludio de la aceptación de la muerte como «mal menor» (LORENTE, M.P., 1989, 280; SÁNCHEZ, J-RAMOS, F., 1982, 22).

En un intento de aclaración del tema, CABEZAS establece, siguiendo a HUMERMAN, las siguientes características del periodo evolutivo comprendido desde los sesenta años en adelante:

- a) Declive y deterioro de las fuerzas y destrezas físicas, salud y disminución de las relaciones sociales.
- b) Deseo de alejarse de los compromisos y relaciones afectivas (?).
- c) Mayor inclinación y apego a las recompensas inmediatas y tangibles (comida, entretenimientos, etc.).

d) Preocupación por la pensión, salud y dependencia de los demás (CABEZAS, J.A. 1989, 36-37).

Por otra parte, Narciso SAEZ Y José Luis VEGA han recogido diversas teorías explicativas sobre los comportamientos en la Tercera Edad. Son estas:

1. Teoría de la desvinculación.- Según esta teoría, el colectivo de la Tercera Edad es proclive al aislamiento social.
2. Teoría de la actividad.- Un anciano activo es un anciano feliz, la actividad da la felicidad en este periodo evolutivo.
3. Teoría del contexto social.- Ciertos elementos procedentes del contexto influyen negativamente en la vejez (rechazo familiar, temas médicos, escasez de recursos, etc.).
4. Teoría de la continuidad.- La vejez no sería sino una continuación del ciclo vital general de cada individuo.
5. Teoría de la ancianidad como subcultura.- La Tercera Edad sería un grupo social separado de los demás grupos socio-culturales.
6. Teoría de los ancianos como grupo minoritario.- Como consecuencia del punto anterior, los ancianos se ven obligados a formar su propio grupo subcultural.
7. Teoría de la estratificación social.- El anciano está influenciado por el hecho de pertenecer a un sector social determinado. Esta pertenencia le confiere un status concreto y, por tanto, ha de jugar un rol específico (SAEZ, N., - VEGA, J.L., 1989, 20-28).

A pesar de estas teorías, lo que sí parece evidente es que los ancianos no se desvinculan o aíslan de manera natural y voluntaria, sino porque se le impone ese

aislamiento desde la sociedad. El individuo busca la comunicación y el contacto, y mucho más el anciano. El problema está en que las estructuras integradoras de la sociedad actual no son precisamente las más adecuadas a los objetivos del colectivo de la Tercera Edad. No es extraño oír de los ancianos frases como: «Me encuentro como un extraño, un forastero en mi propia casa y con mi familia».

TERCERA EDAD Y SOCIALIZACIÓN

Con matices, parece ser que la Tercera Edad sigue los mismos derroteros socializadores de adaptación que otros momentos o ciclos vitales. Lo que puede diferenciar más explícitamente a este periodo de la vida es el influjo del factor biológico interno (SAEZ, N. VEGA, J.L. 1989, 17). Estamos de acuerdo con estos autores cuando matizan que no trata de enfatizar sobre la preponderancia de la variable biológica como elemento determinante en el desarrollo humano, sino que, en el momento concreto de la Tercera Edad, es un factor con el suficiente peso específico a la hora de explicar actitudes y comportamientos. En cualquier caso, lo importante es lo apuntado anteriormente: la Tercera Edad es un momento más del ciclo vital del individuo y, por tanto, susceptible de «tratamiento socializador» como cualquier otra etapa evolutiva.

Las personas de la Tercera Edad se encuentran inmersas en una serie de elementos culturales (en el amplio sentido del término) que deben seguir interiorizando y, aún más, filtrando críticamente, para no romper la cadena de socialización que tuvieron antes de jubilarse y no sen-

tirse producto de procesos de aculturación. Sería bueno mentalizar a este colectivo en el sentido de que aún son objeto de socialización, y no sólo sujeto pasivo de la misma, en el mejor de los casos. La educación de los ancianos debe tener fuertes implicaciones para el resto de la sociedad, pues, entre otras cosas, supone redefinir sus objetivos y estructuras para adecuarlos a la filosofía de Educación Permanente y «Societá Educante», porque ya no nos vale el gran objetivo socializador de la escuela y la formación para la inserción en el mundo laboral. Esto permitirá a los ancianos conservar su salud mental, enriquecer su bagaje cultural y dar rienda suelta a su creatividad. Y todo ello les llevará a sentirse partícipes de la construcción diaria de su comunidad. Evidentemente, y aunque estemos hablando de autoformación, autoestima, etc., creemos imprescindible el trabajo de los animadores socio-culturales, los pedagogos sociales o trabajadores sociales, que, muchas veces, el nombre o colectivo que trabaje en este campo no es tan importante como los programas que se diseñen y se pongan en práctica. Los fundamentos, sin duda, deberá darlos en gran medida la Pedagogía Social, esta gran desconocida para la Administración Educativa.

Si uno de los principios fundamentales de cualquier teoría sobre la socialización es el principio de integración o no marginación, podemos preguntarnos si con la Tercera Edad no estamos rompiendo esa regla con la sociedad insolidaria ante la que nos encontramos, aunque no debemos contentarnos con esta explicación, porque una persona que depende de otra u otras, tal como sucede con el colectivo de la tercera Edad, es una persona que

no está en condiciones de participar en la sociedad en igualdad de condiciones. Si se es dependiente, por definición, no se es libre, y nuestros ancianos han sido esclavizados por una sociedad de trabajo y consumo durante su juventud y madurez para llegar en la jubilación a otra esclavitud más sutil y, además, en muchos casos, reclusos, aunque algunos lo sean en mansiones de lujo. ¿Cómo dejar de ser marginado? La respuesta es obvia: siento útil. Sólo se integra socialmente a un individuo o colectivo cuando son útiles a la sociedad, cuando aportan algo. En el caso de los ancianos está su gran caudal de experiencia en todos los campos. Este sí que es un trabajo concreto de los trabajadores sociales: hacer que el anciano participe en su comunidad, se sienta útil.

Uno de los muchos estudios sociológicos, demográficos o estadísticos nos revela que España se está envejeciendo paulatinamente, tal como ocurre en el resto de Europa Occidental. Actualmente, el 10% de la población española está encuadrada en la Tercera Edad, cifrándose la esperanza de vida en más de 75 años. Por tanto, en el año 2.000 podemos tener una cuarta parte de la población con más de sesenta años y los interrogantes son muchos: ¿puede permitirse un país el lujo de tener tantos millones de personas reducidas en hogares o residencias viendo pasar el tiempo?, ¿no podemos hacer nada con ellos y por ellos fuera de la asistencia social?, ¿cómo interpretar los datos que nos hablan de altísimos porcentajes de analfabetos entre este grupo social?. Detrás de las cifras estadísticas hay un colectivo de personas que reclaman cobertura a sus necesidades, teniendo en cuenta que ante fue el sector de la población que sostuvo el peso de las activida-

des laborales y, ahora por una mínima y elemental cuestión de justicia social, cuestiones de justicia social, deberían ser tratados mucho mejor de lo que lo están siendo (LIMON, M.R. 1990, 225-226). La vejez, más que un fenómeno fisiológico, es un fenómeno social, pues ser viejo es ser reconocido socialmente como tal por la comunidad de la que se forma parte.

TERCERA EDAD, SOCIETA EDUCANTE Y EDUCACIÓN PERMANENTE

En la sociedad actual, y mucho más en la que se puede diseñar para el futuro, las instituciones educativas irán perdiendo su monopolio y se transformarán en una parte más de las agencias o instituciones educativas que ofrezca la sociedad. Es una de las premisas de la filosofía de la «Società Educante», la idea de una sociedad en la que todas sus instituciones estarán articuladas para programar y poner en práctica sistemas formativos para todos los miembros de una sociedad, de cualquier edad y en todo espacio. Así, el problema educativo no será ya un problema individual, sino un compromiso y exigencia de toda la comunidad (LOMBARDI, F.V., 1989, 1203-1204). Planteamiento que ya vislumbró RICHMOND a propósito de su tesis sobre la Educación Permanente y la búsqueda de la autorrelación personal en el seno comunitario, sin depender de las estructuras escolares (RICHMOND, W.K., 1978, 22).

La sociedad no es mera producción, ni el hombre es sólo productor, sino que ambas instancias vitales, sociedad y hombre, son creadoras de historia, civilización y cultura. En la historia reciente, los programas de educación para todos, alfa-

betización, etc., no han sido más que instrumentos encubiertos para un reciclaje tendente a conseguir mayor productividad. Se debe entender la Educación Permanente como proceso continuo y progresivo de todos los individuos hacia la conquista del desarrollo personal. No interesa tanto lo que se va a aprender, el contenido cultural o instrumental, como el perfeccionamiento de la persona en cuanto tal. La personalidad puede y debe enriquecerse durante toda la existencia del individuo. Por ello, la Educación Permanente debe ser entendida en el sentido aludido: disposición del ser humano para mejorar continuamente su personalidad y, al mismo tiempo, la disposición de cada comunidad para asumir un compromiso educativo con todos sus miembros. En definitiva, no se trataría de saber para hacer, sino de saber ser. La educación Permanente se sitúa en perspectiva global que se dirige a todos los ciudadanos, sin importar la edad ni las condiciones socio-económicas. Como bien expresa Mario MENCARELLI, se trata de una elección social de civilización, de inculcar a todo individuo el convencimiento de que son parte activa de su propia historia, una historia que, evidentemente, no acaba cuando el individuo entra en la Tercera Edad (MENCARELLI, M., 1983, 20). En este sentido, hay algún autor que conceptúa la condición humana como capacidad del individuo para definir los objetivos de su propia actividad, determinar los medios para conseguir esos objetivos e, incluso, verificar los resultados obtenidos (REGUZZONI, M., 1984, 17).

Con todo, Franco LOMBARDI advierte que esta filosofía no tendrá adecuada traducción si no se enmarca en una prospectiva de democracia participativa.

Es decir, el individuo debe conocer bien su ambiente, sentirse parte de él y participar activamente en su organización y desarrollo, saber dar respuesta a sus necesidades con proyectos educativos propios, comunitarios, reivindicando el derecho a equivocarse. La explicación parece sencilla para este autor: la democracia, por su misma naturaleza, implica la participación constante, consciente y responsable, y postula la Educación como uno de sus fundamentos vitales (y con mayor razón la Educación Permanente), como el instrumento capaz de conseguir en la comunidad una conciencia crítica, responsabilidad personal, creatividad... es decir, en palabras suyas «la stessa democrazia è per se un principio educativo» (LOMBARDI, F.V., 1989, 1217-1218).

TERCERA EDAD Y TIEMPO LIBRE

Normalmente, se define el tiempo libre como tiempo en el que no se trabaja o, por decirlo con HUIZINGA, «tiempo situado fuera de la racionalidad de la vida práctica y fuera de la esfera de las necesidades y lo aprovechable», (HUIZINGA, J. 1964, 34 y 229). Para Joffre DUMAZEDIER, que pasa por ser el pensador más significativo sobre los problemas del tiempo libre, éste ha de tener tres objetivos fundamentales: la distensión (reposo de la fatiga física o psíquica), la diversión (como liberación de ataduras, rutina, etc) y el desarrollo de la personalidad. Son las famosas «tres des» de este autor. Obviamente, y en esto coincidimos con LAPORTA, a la Educación corresponde e interesa, sobre todo, el tiempo del desarrollo de la personalidad, y, más concretamente, favorecer numerosas ocasio-

nes de autorrealización y enriquecimiento de la misma (LAPORTA, R., 1964, 21-22). Tesis que también sostiene BERTIN años después cuando habla de la esquizofrenia de separar el tiempo de las «obligaciones productivas» del tiempo de ocio (BERTIN, G.M. 1983, 102-105). Lo importante es que en el tiempo de ocio de nuestros mayores nos propongamos potenciar sus motivaciones e intereses por la cultura, promoviendo nuevas formas de animación socio-cultural en las que la participación directa de los hombres y mujeres de la Tercera Edad sea el estandarte motivador. Así, el tiempo libre del anciano será «tiempo de vitalidad personal».

TERCERA EDAD Y SERVICIOS SOCIALES

Frecuentemente, se confunde la Animación Socio-Cultural sobre la Tercera Edad o el Trabajo Social sobre este colectivo con la Asistencia Social, y no tienen nada que ver, o, por decirlo más suavemente, tienen poco que ver. La asistencia social surge tras la Segunda Guerra Mundial con un carácter marcado de beneficencia y atención a disminuidos y personas de la Tercera Edad. Sin embargo, pronto se reconvirtió esta primera tarea hacia los servicios sociales, que ya no sólo trataban de asistir, sino de dar algo más: ayudar al desarrollo individual y colectivo, al autodesarrollo, intentando paliar las descompensaciones generadas por la rápida evolución de la sociedad. Lamentablemente, a lo máximo que se había llegado hasta hace pocos años en relación al trabajo social con la Tercera Edad era a la labor meramente asistencial, en el sentido dado originariamente a este término, desatendiendo la formación continua y la búsqueda del equilibrio

presumiblemente perdido tras la jubilación.

Hoy los servicios sociales deben ser entendidos como un conjunto de prestaciones integradas y especializadas dadas por personal cualificado con equipamientos adecuados (MARCHIONI, M, 1989, 40). Estaría dedicado a los ciudadanos que se encuentran en estado de necesidad y, sobre todo, a eliminar las causas que han motivado esa necesidad, al mismo tiempo que se trabajaría para ayudar a superar las posibles frustraciones derivadas de aquella situación. En este sentido sería bueno volver la mirada hacia nuestro amigo mediterráneo: Italia. Allí se ha dado un gran impulso a estas cuestiones, concretamente, en el ámbito regional-local (ESCARBAJAL, A. 1991; TREVISAN, C. 1978). Afortunadamente, en nuestro país son cada vez más las experiencias que intentan romper con la mera asistencia en el trabajo con la Tercera Edad, aunque aún se está esbozando la fundamentación de todo el entramado. Así, por ejemplo, en el Ayuntamiento de Murcia y con el nombre de Bienestar Social de la Tercera Edad, nombre que denota ya una superación del concepto de asistencia, existe un programa dirigido al colectivo de ancianos. Entre sus objetivos destacan los encaminados a mejorar las condiciones de vida de este sector mediante la creación de espacios para la convivencia y el desarrollo de actividades socio-culturales, ocio y tiempo libre; incidir positivamente en su estado físico y psíquico; promover la participación en su comunidad, etc.

Para desarrollarlos se ha planificado y puesto en práctica una serie de servicios como clubes de la Tercera Edad (entendidos como lugares de encuentro),

información, orientación y asesoramiento, ayuda domiciliaria (esta sí en sentido asistencial), excursiones, etc. Entre el personal especializado se cuenta con asistentes sociales y monitores de animación socio-cultural (ALBADADEJO, E. 1986, 27-28).

TERCERA EDAD Y TRABAJO SOCIAL

A juicio de María Rosario LIMON, la intervención sobre la Tercera Edad conllevaría tres grandes ejes de actuación:

- 1- Mentalización social sobre el tema.
- 2- Compromiso de los poderes públicos y de cualquier otra «fuerza social».
- 3- El trabajo y la actividad de los propios ancianos, o personas próximas a serlo, en la búsqueda de nuevos intereses y horizontes (LIMON, M.R. 1990, 230).

Este último punto es abonado con la aportación de José HERNANDO, quien considera fundamental crear la conciencia de que se va a dejar de trabajar y orientar sobre su nueva situación social. Aboga por una preparación para la jubilación que elimine o palie, al menos, los grandes traumas de este colectivo, que llega, en muchos casos, a la depresión (HERNANDO, J. 1984, 4). Por ello, la adecuada formación para la Tercera Edad parece que debe comenzar mucho antes de llegar a ese periodo evolutivo-cronológico. Para conseguir un óptimo dominio de la propia personalidad, se requiere un aprendizaje cognitivo, motórico, afectivo y social. Tal aprendizaje llevará a la persona de la Tercera Edad a conseguir el equilibrio emocional y desarrollar la intercomunicación. Todo ello se consigue, entre otras cosas, mediante una participación del anciano en su comunidad,

y revertiría en él como auténtica estimulación ambiental o del entorno. El objetivo último de la Educación para la Tercera Edad ha de ser, por tanto, conseguir un comportamiento autónomo y participativo (REISCH, E., 1983, 25-26, siguiendo los escritos de ADORNO, HABERMAS, HORKHEIMER y BREZINKA).

Desde la Pedagogía, y siguiendo a MOODY, podemos adoptar cuatro posturas con respecto a la Tercera Edad:

- a) La Educación es, fundamentalmente, una proyección hacia el futuro, por tanto, no tiene sentido una pedagogía de la Tercera Edad, sobre todo, cuando las capacidades cognitivas están en declive.
- b) Educación entendida como práctica de servicios sociales, en su sentido amplio. Se trata de utilizar el tiempo libre del anciano, el ocio, educativamente, pero con una orientación consumista, adaptando el ambiente a las características de la persona anciana.
- c) Educación como participación. Se busca que el anciano participe en actividades culturales, ocio, etc., para que se sienta parte activa de la sociedad en la que vive.
- d) La cuarta postura va en la línea de la autorrealización, terminando el ciclo vital con la consecución de proyectos que no pudieron ser realizados anteriormente. La satisfacción que esta práctica conlleva adquiere gran relevancia en este periodo evolutivo de la Tercera Edad, que es considerada como una etapa de continuo crecimiento intelectual y creatividad (SAEZ, N - VEGA, J.L. 1989, 18-19).

No son pocos los autores que hacen hincapié en la importancia de afrontar la

vejez con la perspectiva de emprender nuevos aprendizajes que hagan de la jubilación un periodo de nuevas ilusiones y no de punto y final. Es una autoterapia que lleva al individuo a sentirse aún útil y miembro de una colectividad. En este sentido, y al igual que otros autores, Angel de CASTRO aboga por la destrucción de ciertos mitos sobre la vejez (improductividad, desvinculación, falta de compromiso, deterioro de la inteligencia...) y hacer a las personas que forman este colectivo protagonistas de su quehacer cultural y social (CASTRO, A. de, 1990, 13 y 21).

Con la atención pedagógica a la Tercera Edad no debería ocurrir, y estamos a tiempo de evitarlo, como sucedió y está sucediendo con la Educación de Adultos, que se ha centrado en un momento de alfabetización o reciclaje realizado en instituciones educativas formales tradicionales. La Educación de la Tercera Edad debe extenderse a todo el ámbito de la persona y abarcar coherentemente momentos institucionales formales y educación extraescolar. El anciano no es un ser acabado, sino que aún es moldeable, flexible, perfeccionable, educable, en suma, sobre todo teniendo en cuenta que está inmerso en una etapa de su vida para la que no ha sido formado ni preparado. La Tercera Edad es un periodo evolutivo en el que la persona necesita, más que nunca, decidir sobre su plan de enriquecimiento personal (PÖGGER, F. 1983, 11-12). No olvidemos que el interés y la motivación serán fundamentales en los programas de Educación para la Tercera Edad, y serán incrementados con la participación directa de los implicados en la elección de los temas susceptibles de estudio. El joven

tiene unos intereses claros: aprender aquello que le sirva para una pronta inserción socio-laboral. El anciano tiene otros intereses más profundos: aprender «per se», para enriquecer su personalidad, con el punto de vista puesto en una recompensa nada material, cual es la formación continua en aquello que le gusta, sin imposiciones, por el puro placer de aprender constantemente. En este sentido, PÖGGER apunta como método óptimo el centrado en la motivación pedagógica de grupo, organizando las actividades en torno a la dinámica de grupo.

Por otra parte, si por aprender entendemos todo cambio de conducta duradero originado en la experiencia, parece claro que en la Tercera Edad se está en inmejorable situación para seguir aprendiendo. Igualmente, podemos refrendar esta afirmación desde la teoría del aprendizaje. Así, PREISER distingue con K. y J. BREDENKAMP las siguientes fases en el proceso de aprendizaje:

- a) Fase de preparación: atención, percepción, y distinción de estímulos.
- b) Fase de apropiación: asociación como proceso de conexión, aprendizaje mediante ensayo y error, y procesos internos de elaboración.
- c) Fase de almacenamiento: codificación y almacenamiento.
- d) Fase de recuerdo: evocación del material almacenado, desciframiento y transposición en una reacción (PREISER, S. 1983, 34).

Pues bien, no creemos que haya motivos objetivos para pensar que el anciano, los hombres y mujeres de la Tercera Edad, estén en peores condiciones que otros colectivos sociales para seguir aprendiendo, según lo expuesto. Puede que en algunos miembros de la Tercera Edad

falle el recuerdo, pero pensamos que no es un factor tan importante en una metodología donde evocar lo codificado, clasificado, elaborado no sea tan fundamental como en otras situaciones donde, por ejemplo, deba ser plasmado en un examen. Lo verdaderamente importante es que el estímulo, la motivación, elaboración, discusión, etc, de lo susceptible de aprender pueda ser llevado a la práctica.

Hay, además, algunos aspectos destacados dentro de las «leyes del aprendizaje» que nos pueden arrojar más luz sobre la pertinencia de seguir enseñando a los miembros de la Tercera Edad. Por ejemplo, se dice que cuanto más lenta es la presentación de lo que se quiere enseñar, tanto mejor es el aprendizaje; cuanto mayor es el número de repeticiones, mayor el rendimiento; cuando se enseña por etapas, se eleva el índice de lo aprendido...¿y no son estos ejemplos transferibles a las características de los miembros de la Tercera Edad?. Aunque, como bien señala SKINNER, no hay formulas precisas aplicables a la generalidad de este colectivo, pues hay ancianos de todas las clases y circunstancias, y sus expectativas y desarrollos dependerán bastante de su educación, identidad cultural o étnica, familia, religión, ocupaciones presentes o pasadas, campos de interés... (SKINNER, B.F. 1986, 30). Este autor, junto a M.E. VAUGHAN dedican un libro a consejos que pueden ayudar al anciano a no verse separado del mundo ni percibirse como un estorbo o parásito social. De todas formas, y cómo expresaban estos autores, no hay recetas mágicas, por lo que se impone un análisis global de la realidad y actuaciones concretas con sucesivas evaluaciones. Y, esta podemos decir que es la mejor receta: analizar,

planificar, actuar, evaluar. El trabajador social, por tanto, debe estar preparado no sólo para salir a la calle, sino también para el trabajo «de despacho». Tiene que ser un buen profesional tanto a nivel de planificación como de ejecución, sin olvidar su aportación a la evaluación.

Prácticamente, cada espacio tiene características diferenciadoras en todos los órdenes. Por ello, el ritmo de desarrollo dependerá de muchos factores, así como sus necesidades, por lo que el trabajador social tendrá un objetivo que se irá encaminando tanto en la consecución de acelerar artificialmente el ritmo de desarrollo de esa comunidad, cuanto intentar que desaparezcan o se mermen los impedimentos que se interponen al desarrollo de cualquier colectivo. Es la filosofía del «prevenir mejor que curar». Por esto, y en la línea expuesta por Marco MARCHIONI, es posible que lo más importante no sea la planificación ni los objetivos sociales con este colectivo, sino que lo verdaderamente importante sea el personal dedicado al trabajo con la Tercera edad, por lo que la auténtica planificación en este sector deba comenzar con una adecuada formación de estos trabajadores sociales, ya que, si creemos que es el recurso más importante, habrá que utilizarlo bien. Si falla este recurso, la política social habrá perdido un gran bastión (MARCHIONI, M. 1989, 19-20).

El objetivo de los trabajadores sociales parece que está claro desde hace tiempo: ayudar a conseguir una sociedad más justa, solidaria, participativa y democrática. Estos objetivos son fundamentales en un Estado de Derecho, por lo que cualquier política que se precie de democrática debe poner mucha atención no sólo en la planificación social sino

también en la formación de los trabajadores sociales.

Finalmente, y a modo de ejemplo, haremos referencia a un proyecto concreto de actuación con la Tercera Edad en una residencia de Valladolid. Los objetivos generales propuestos fueron:

- a) Crear, a través de actividades permanentes, un clima de mayor movilidad y acción.
- b) Lograr la autoestima personal a partir de un proceso de participación y creatividad.
- c) Conseguir el protagonismo en el anciano desde su colaboración en la puesta en marcha de un programa de ocio y tiempo libre.
- d) Crear nuevos espacios para el divertimento y la ocupación en actividades lúdicas y productivas a través de juegos, excursiones, intercambios y talleres.
- e) Hacer sentir al anciano que es parte activa de la comunidad en la que vive, creando plataformas democráticas en las que se oiga y valore su voz y se tenga en cuenta sus opiniones (CASTRO, A. de, 1990, 1990, 25).

En el programa de ocio y tiempo libre, destacan los talleres, visitas y excursiones, seminarios, encuentros y salas activas, sin olvidar los deportes o las semanas culturales.

Los talleres pretenden ser un espacio donde el anciano dé rienda suelta a su creatividad, se relacione con los demás e, incluso, aporte un material a colectivos marginados o necesitados. En este centro destacan los de teatro y literatura, periodismo, dibujo, cestería, cocina...

Con las visitas y excursiones se quiere romper la imagen social del anciano

no anclado en un rincón, además de proporcionarle nuevas experiencias socio-culturales.

Las salas activadas intentan mantener los brotes e iniciativas que surjan, por ejemplo, a partir de los talleres. Así, se hacen seminarios sobre temas de actualidad, sanitarios, folklore, etc.

Lo fundamental es que la metodología empleada por los trabajadores sociales esté sustentada en criterios de participación, no directividad, diálogo, actividad máxima y adecuación a la psicología de la Tercera Edad (CASTRO, A. de, 1990, 26-30).

Evidentemente, este ejemplo no es la panacea del trabajo social con la Tercera Edad. Ni siquiera está en consonancia con lo que aquí se ha expresado sobre las residencias de ancianos, pero hemos creído oportuno insertarlo en este trabajo porque rompe bastante con la idea de residencia de ancianos que se tiene en muchos colectivos sociales. En cualquier caso, lo que sí parece claro es la necesidad de que los trabajadores sociales tengan presente como una de sus misiones más importantes el trabajo con la Tercera Edad, bien en residencias, por los condicionamientos conocidos, o en los barrios, pueblos y ciudades.

BIBLIOGRAFÍA

- AAVV (1980): *Tercera Edad, Estudio sectorizado*, Ministerio de Cultura, Madrid.
- AAVV (1980): «Aulas de la Tercera Edad en Burgos», Memoria Curso 78-79, Burgos (documento mecanografiado).
- ALBADALEJO, E., (1980): «Los Servicios Sociales comunitarios en la Región de Murcia», en AAVV: *Encuentros sobre Servicios Sociales Comunitarios, Siglo XXI*, Colección Trabajo Social, Madrid.

- ALBERT, C. (1979): «Entrevista al profesor Aranguren sobre la Tercera Edad», en *Etapa-3*, n.1.
- ALCANTARA, R. (1988): *La segunda infancia de don Honorato*, S.M., Madrid.
- BERTIN, G.M. (1983): «Il tempo libero: prospettive per il futuro e possibilità attuali», en AAVV: *Per un impegno alternativo del tempo libero giovanile*, Fondazione Zancan, Padova.
- BLANCO y otros (1983): *Tercera Edad sana*, Colección Rehabilitación del INSERSO, Madrid.
- BORIS YOPO (1985): *Metodología de la investigación participativa*, CREFAL, México.
- BUTTURINI, E. (1986): «Il tempo libero: spazio di libertà o di nuova alienazione?», *Orientamenti Pedagogici*, n.º 4.
- CABEZAS, J.A. (1989): «Las grandes etapas evolutivas de la adultez y la educación de adultos», en *Educadores* n.º 149.
- CAMPO y otros (1981): *Introducción a la gerontología social*, Colección Rehabilitación del INSERSO, Madrid.
- CASTRO, A. de, (1990): *La Tercera Edad. Tiempo de ocio y cultura*, Narcea, Madrid.
- CREPALDI-CASSON (1985): «Il ruolo della geriatria nella società presente e futura», en *Giornale di Gerontologia*, n.º 10.
- DE SCHUTTER, A. (1985): *Investigación participativa: una opción metodológica para la educación de adultos*, CREFAL, México.
- DEL CAMPO, S. NAVARRO, M. (1981): *Posición y problemática social de la tercera edad. Introducción a la Gerontología Social*, Instituto Nacional de Servicios Sociales, Madrid.
- ESCARBAJAL, A. (1991): *Educación Extraescolar y Desarrollo Comunitario*, Nau llibres, Valencia.
- ETAPA-3 (1979): «Derechos de la tercera edad», n.º 7.
- HERNANDO, J. (1988): *Preparación a la jubilación*, Endesa, Madrid.
- HUIZINGA, J. (1964): *Homo ludens*, II Saggiatore, Milano.
- JUNTA DE ANDALUCIA (1986): *Investigación participativa y desarrollo integral de la comunidad*, Dirección general de Promoción Educativa y Renovación Pedagógica, Sevilla (mecanografiado).
- KISNERMAN, M. (1981): *Introducción al trabajo social*, Humanitas, Buenos Aires.
- LAPORTA, R. (1964): *Il tempo libero giovanile e la sua organizzazione educativa*, Laterza, Bari.
- LAPORTA, R. (1978): «Creatività e prospettiva pedagogiche», en AAVV: *Creatività, educazione, e cultura*, Enciclopedia Italiana, Roma.
- LAS HERAS - CORTAJERENA: *Introducción al Bienestar Social*, Siglo XXI, Colección Trabajo Social.
- LEHR, U. (1980): *Psicología de la senectud*, Biblioteca de Psicología, n. 60, Herder, Barcelona.
- LIMON, M.R. (1990): «Reflexiones sobre la educación en la tercera Edad», en *Revista de Educación*, n. 291.
- LOMBARDO, F.V. (1989): «Educazioni degli adulti como problema politico, culturale e pedagogico», en *Orientamenti Pedagogici*, n. 6 (216).
- LOPEZ CEPERO, J. (1977): *Los viejos*, Colección Los Marginados, Dopesa-2, Barcelona.
- LORENTE, M.P. (1989): Ancianos marginados: ¿es delito llegar a viejo?», en *Revista de Fomento Social*, n. 175
- MARCHIONI, M. (1989): *Planificación Social y organización de la comunidad*, Popular, Madrid.
- MENCARELLI, M. y otros (1983): *Educazioni permanente e democrazia*, Giunti-Lisciani, Teramo.
- MINISTERIO DE ASUNTOS SOCIALES (1988): Curso de preparación a la jubilación, Instituto Nacional de Servicios Sociales, Madrid.
- MINDIS, G. (1987): *Historia de la vejez*, Narcea, Madrid.

- MURGA, M.T. - BERZOSA, G. (1987): *Acción cultural con adultos: el aula de tercera edad*, Ministerio de Cultura, Madrid.
- ORDINAS, T. y otros (1985): *Los servicios sociales... A LO CLARO*, Popular, Madrid.
- PASSERI, M. (1986): «Sull'insegnamento della Gerontologia», en *Giornale di Gerontologia*, n.1.
- PINTO, F. (1974): *Educazione e senescenza*, Bulzoni, Roma.
- PÖGGELER, F. (1983): «Formación de adultos» en *Diccionario de Ciencias de la Educación*, tomo I. Rioduero, Madrid.
- PREISSER, S. (1983): «Teoría del aprendizaje», en *Diccionario de Ciencias de la Educación*, tomo I. Rioduero, Madrid.
- PUIG, J. - TRILLE, J. (1988): *La pedagogie del ocio*, Laertes, Barcelona.
- REGUZZONI, M. (1984): «Introducción», de la obra *Gli adulti imparano*, Quaderni Istituto Robert Owen, Milano.
- REISCH, E. (1983): «Formación de ancianos», en *Diccionario de ciencias de la Educación*, tomo II, Rioduero, Madrid.
- RICHMOND, W. - K. (1978): *L'educazione permanente, L'apprendimento per tutta la vita nella scuola e oltre la scuola*, Le Monnier, Firenze.
- RODRIGUEZ, J.M. (1989): *La felicidad*, Ediciones temas de Hoy, Madrid.
- SAEZ, N. - VEGA, J.L. (1989): *Acción socio-educativa en la Tercera-Edad*, CEAC, Barcelona.
- SANCHEZ, J. - RAMOS, F. (1982): *La vejez y sus mitos*, Colección Salvat Temas Clave, n. 80, Barcelona.
- SKINNER, B.F. - VAUGHAN, M.E. (1986): *Disfrutar la vejez*, Martínez Roca, Barcelona.
- SPEDICATO, E. (1986): «L'ipotesi educativa nella ricerca gerontologica. Intorno all'approfondimento di una disciplina», en *Scuola e Città*, n. 11.
- TREVISANC. (1978): *Per una politica locale de Servizi Sociali*, Il Mulino, Bologna.
- VERDE, L. (1986): «Los servicios sociales comunitarios en Galicia», en AAVV: *Encuentros sobre servicios sociales comunitarios, Siglo XXI*, Colección Trabajo Social, Madrid.